

Guillermo Álvarez Castro / 3 cuentos de "Pequeña música nocturna" y el prólogo de Mercedes Estramil.

La yerra

Antes de llegar a la estancia mató una mulita, solo para no llegar con las manos vacías. Desmontó para abrir la cimbra del alambrado que se extendía al costado de la ruta. Llegó en pocos minutos a la portera de madera que cerraba el potrero de las casas. Los perros le salieron al cruce. Esperó. Poco después escuchó al negro llamando a los perros. No le hicieron caso. El hombre aceptó la invitación que el otro le hacía a los gritos, abrió la portera desde arriba del caballo y avanzó. Los perros lo acompañaron, ladrando, furiosos. No desmontó hasta que se tranquilizaron. Desató la mulita muerta de los tientos y los perros volvieron a acercarse. La levantó por encima de su cabeza para que no se la arrebataran y se la alcanzó al otro.

El negro agradeció mientras caminaban hacia la cocina, limpió la mulita, la condimentó y la metió en el horno; fue lo que cenaron esa noche. Después le dijo que se podía quedar, pero que tenía que irse antes de que llegara la patrona y sin que ella se diera cuenta.

Hablaron un rato de los viejos tiempos, de cuando el patrón vivía. Desde entonces el hombre negro ocupaba un lugar que nadie se preocupó nunca por definir. Pero los demás lo respetaban –tal vez porque tampoco sabían cuál era su lugar– y eso, para él, era suficiente.

Lo acompañó hasta una habitación en la casa principal. Él nunca supo por qué: tanto cuando iba hacia la estancia como

después, al llegar, pensó en dormir en la casa de los peones. Por alguna razón, el negro resolvió otra cosa.

Pero se durmió. Despertó con el sol alto. Recorrió la casa y se topó con la mujer que regresaba.

Ella lo reconoció primero. A decir verdad, antes de reconocerlo sintió el calor de una noche de verano de hacía demasiados años, el roce en la oscuridad, el abrazo torpe en un rincón, cuando los dos estaban de visita y ella ni siquiera había imaginado que terminaría casada con el dueño de casa. Despues siguieron los encuentros furtivos, los avances cada vez más atrevidos del muchacho y la aceptación de ella a sabiendas de que estaba mal lo que hacían. Sintió las manos torpes sobre sus pechos, el bullo bajo el pantalón, que ella hubiera querido tocar pero le daba miedo, las escapadas al arroyo, la transpiración a la hora de la siesta. Por todo eso no protestó cuando se lo encontró en la casa.

No fueron más allá del manoseo, de los besos, de los juramentos de amor eterno. Las vacaciones terminaron, se despidieron llorando y no volvieron a verse.

—Me llama la atención que nunca te hayas vuelto a casar.

—Porque nunca volví a enamorarme —dijo ella.

—¿Después de tu marido? —preguntó él, mencionando por primera vez al estanciero muerto y con miedo a la respuesta.

—No. De mi marido nunca estuve enamorada.

Se quedó esa noche. No hubo luna y tampoco fue necesaria. La mujer gritó y el hombre creyó que lo hacía por primera vez.

Ella le dijo que sería lo que él quisiera que fuera: su mujer, su amante o su puta.

Más tarde estaban tendidos en la oscuridad. Su mano rozaba apenas la mano de la mujer.

—Mañana vamos a juntar el ganado. Me gustaría que estuvieras a mi lado y que te quedaras para la yerra.

—¿Cómo qué?

—Como mi hombre, si vos querés.

—No sé —replicó.

Le costó dormirse. Se sentía cansado. Había llegado para pasar una noche y seguir su camino. Sabía que no estaba bien pensar demasiado, que nunca llevaba a nada. Cerró los ojos.

Cuando despertó, la mujer había traído el desayuno a la cama.

Le dijo que nunca había sido la puta de nadie y que no iba a empezar con él por más que él fuera quien era.

—A menos que yo sea el hombre que te hizo gritar por primera vez —dijo él.

—Ninguno de los dos hizo nada que ya no hubiera hecho antes —replicó la mujer.

Llevaba el bozal en la mano y buscaba su caballo con la mirada cuando la mujer le habló.

—No ensilles —dijo.

El hombre giró hacia la casa, lentamente, y la miró.

–No vas conmigo.

El hombre caminó hacia ella.

La mujer no retrocedió.

–Estos hombres se acostumbraron, de mala gana, a que una mujer los mande. No les gusta, pero se acostumbraron. Si vas conmigo te van a hablar a vos y no a mí.

–¿...?

–Porque los hombres son así. Y vos te vas a poner de su lado. Y yo voy a perder el trabajo de toda una vida.

–¿Me voy a poner de su lado?

–Sí, los hombres son así, traicionan, me ha pasado siempre.

Esperó tomando mate, a la sombra de la veranda, hasta que los vio volver. Ella encabezaba el grupo en un caballo negro. Él notó sus mejillas arrebatadas pero, después, no quiso seguir mirándola. Fue a la cocina, dejó la caldera, limpió el mate, tomó la maleta de lona y guardó el mate limpio y la bombilla junto con el resto de sus cosas. Esperó que ella regresara a la casa, ya pronto para partir.

Se cruzaron en el mismo lugar que a su llegada.

–Ya soy un hombre viejo –dijo él.

Fue todo lo que se dijeron.

Ensilló despacio como para que no se le notara el apuro. Caminó con el caballo de tiro rumbo a la portera.

–Pollerudo –murmuró uno de los peones, a su paso.

No se detuvo. Darse vuelta habría significado tener que pelear. Ella valía no una sino diez peleas.

—Vaya tranquilo, patrón, que nosotros se la atendemos.

Esta vez llevó la mano al cuchillo, pero no desenvainó. Estaba cansado.

Montó como si no hubiera escuchado nada y no volvió la vista hasta después de atravesar la cimbra. Al llegar a la carretera dejó que el caballo trotara libre sobre la faja. Miró hacia la casa pero no vio a nadie.

La mulita que mató antes de llegar a la estancia rodó hasta quedar boca arriba cuando él la golpeó suavemente con el pie. Se le acercó con el cuchillo en la mano y comprobó, una vez más, que estos animales cruzan las manos sobre el pecho, acaso rezan, cuando se sienten en peligro. Tal vez por eso la degolló con torpeza. La dejó sobre el suelo, para limpiar el cuchillo en el pasto, y la mulita, todavía viva, trató de alejarse. La tomó por el caparazón y esta vez, sin querer, le cortó la cabeza. Después se arrepintió de la chapucería, de llegar con un regalo tan indigno. Pero el daño ya estaba hecho.

Cumpleaños

Voy porque no tengo más remedio, uno trata de no defraudar a su nieto en el día de su cumpleaños.

Así que ahí estaba yo, aburrido a más no poder, harto de oír llorar a los niños más chicos y de ver correr como posesos a los más grandes. Por ahí también andaba el gordito con una pelota flamante debajo del bracito malo, tratando de que alguien le hiciera caso. Pedía que le patearan al arco porque quería ser golero. Recién entonces me di cuenta de que tenía un equipo completo con guantes, rodilleras, el número uno en la espalda del buzo negro y, debajo, su nombre: Pipe («Me llamo Felipe pero me apodian Pipe», dijo. Así dijo: me apodian). Me llamó la atención que viniera así vestido a un cumpleaños y que quisiera ser golero teniendo el brazo derecho inútil. Se desenvolvía bastante bien, no obstante, asombrosamente bien para mí que no puedo ni sonarme la nariz con la mano izquierda.

Estábamos en una canchita con césped sintético donde todos los demás niños habían estado jugando hasta que se cansaron. Así que, de todos los invitados, solo quedábamos ahí el gordito y yo.

—¿Me patea, señor, digo, abuelo de Nico?

Me dio pena el niño con el bracito enfermo. Hacía años que no tocaba una pelota, mi estado físico era lamentable y algunas

viejas lesiones de los buenos tiempos nunca se me habían curado totalmente y no dejaban de molestarme.

Empujó el balón hasta donde yo estaba. «No se dice balón», había protestado yo unos minutos antes.

—Bueno, está bien, pero ¿me tira unos tiritos? —preguntó con timidez.

Me costó acomodar el cuerpo para patear al arco. Devolvió el tiro. Yo corrí para tratar de interceptarla, estiré la pierna y la pelota me pasó por debajo del zapato. Seguí corriendo sin doblar las rodillas y me sentí ridículo, como si ya no pudiera articular mis piernas, como un lisiado.

Traté de pegarle con la zurda y fue peor. Salió sin fuerzas y apenas llegó hasta el arco custodiado por el gordito.

Volvió a tirármela, esta vez con la mano y tampoco pude pararla. Tuve que correr hasta casi llegar al otro arco. Desde allí le pegué con todas mis fuerzas y sentí un fuerte tirón en la cintura. Me senté en el suelo, con la espalda contra el tejido de alambre y levanté la mano para indicarle que estaba bien, pero que me diera tiempo de reponerme.

Me puse de pie con mucho cuidado, hice un par de ejercicios de rotación y el dolor no volvió.

Le hice señas para que volviera a arrojármela y seguí intentando. Sabía que al día siguiente me iba a doler hasta el pelo y que el cansancio me impediría dormir durante toda la noche.

La mayoría de las pelotas que yo pateaba iban afuera y las que no, el gordito las atajaba sin dificultad con los pies o con

su brazo bueno. Incluso me devolvió una de cabeza y después se quedó parado en la línea del arco, sonriendo.

Mi nieto se acercó al alambrado.

–¡La torta, abuelo, vamos a cortar la torta!

Le indiqué que íbamos enseguida.

–Te pateo la última –le dije al gordito.

Él asintió y se paró al medio del arco, agazapado y moviendo el brazo sano, como si se dispusiera a atajar un penal.

Sin nada que lo anunciara, la pelota tomó el efecto que había querido darle, voló hacia la meta y entró en el ángulo que yo había elegido. Abrí la boca sin poder creerlo. El gordito la vio entrar, sin moverse, me miró asombrado y yo le devolví el asombro.

Moví la cabeza, negando: la casualidad, pensé, no fue más que la casualidad.

Volví a rematar y vi, incrédulo, cómo la pelota entraba otra vez en el lugar elegido, contra el travesaño, y después caía lentamente por la red como el agua de lluvia por un techo inclinado.

A lo lejos, los niños empezaron a cantar el «que los cumplas feliz».

–Una más –dije– ahora sí la última.

Pero también fue gol, si se le puede llamar gol a lo que convierte un viejo que juega con un niño.

–Necesitamos más balones –dije. Ya habíamos discutido con el gordito si estaba bien decir balones. Yo decía que no, pero le di el gusto. Ahora sentía la misma ansiedad que se siente en

el casino ante una buena racha o después de acertar un par de ganadores en el hipódromo.

El gordito salió corriendo, con un entusiasmo exagerado, consiguió dos o tres pelotas más con el encargado y las tiró con el pie por arriba del alambrado.

Las puse en línea mientras esperaba que él volviera.

Volví a hacerlo cada vez que Felipe las devolvía.

Oscureció lentamente, como oscurece en verano. Las luces de la cancha se encendieron automáticamente.

Comencé a tirar las pelotas hacia el arco con una cierta cadencia y tratando de seguir un orden, de izquierda a derecha, de arriba hacia abajo.

Tomaban las curvas o caían de pronto justo antes de llegar al arco y entraban una tras otra por los lugares escogidos, tal como ni siquiera lograba hacerlo cuando era joven y jugaba todos los fines de semana.

Al principio, Felipe trataba de atajarlas poniendo su mayor dedicación en ello.

–Abuelo, nos vamos –gritó mi nieto, ya con el abrigo puesto, fastidiado y celoso–. Se terminó el cumpleaños.

–Ya voy. Una más, Felipe –pedí.

Fueron algunas más.

–Papá –dijo mi hija– estamos muertos de cansados, nos queremos ir.

–Bueno.

–¿Vos te vas solo?

–Sí, después.

-¿Después de qué?

-De que vengan a buscar a Felipe.

-¡Ya vinieron, papá! Hace rato que lo están esperando.

-Un ratito más. Ya vamos.

Y seguí pateando aquellas esferas perfectas que aceptaban dócilmente los efectos. Me di cuenta de que tenía todo bajo control y de que las pelotas iban siempre a lugares que el niño no podía alcanzar aunque se esforzara.

Si él hubiera tenido los dos brazos sanos habría sido distinto.

Pero parecía no importarle y ya no intentaba atajarlas y solo las buscaba en el fondo del arco y me las devolvía encantado. La risa lo hacía moverse con torpeza y me miraba como si preguntara «qué está pasando, abuelo». Y ya todo dejó de importarme, la fatiga, el corazón enfermo, el dolor en las piernas.

El gordito corría de un lado al otro, festejaba cada gol y saltaba, muerto de risa.

Y yo también me reía.

Su padre lo llamó, interrumpiendo.

-Ya se fue todo el mundo, Felipe. Decile adiós y gracias al señor, que nos vamos.

-Ya voy.

Se volvió hacia mí:

-Muchas gracias.

-Todavía no, Felipe -dije elevando la voz, firme y cortante.

Se asustó e hizo un gesto compungido.

–No te vas a poner a llorar ahora como una nena ¿no? –le pregunté.

Apretó los labios y las ganas de llorar y negó con la cabeza. Le pateé un par de pelotas más, que erré y que se llevaron la poca magia que quedaba, y entonces lo dejé ir.

La laguna de Bacalar

La laguna de Bacalar, en el estado de Quintana Roo, se creó por la unión de varios cenotes, de diferente profundidad, que formaron una única laguna en cuyas aguas se distinguen distintas tonalidades que van del turquesa al negro.

Habíamos oído hablar de aquel lugar, al que llamaban la laguna de los siete colores, en el parque de Chapultepec. Ese mismo día vi una ardilla por primera vez en mi vida.

Volvíamos de Teotihuacán, el lugar donde los hombres se convierten en dioses, según la cultura mexica. Para ir de la pirámide del Sol a la de la Luna hay que recorrer un largo trayecto, la calzada de los muertos, bajando y subiendo escalones de piedra a lo largo de varios campos, muy cuidados, donde no hay árboles. Un indio me vendió artesanías de cerámica negra. Me abrazó, me trató de «mi hermano» y me deseó todo tipo de bendiciones. No sé de dónde salió ni adónde fue después. No había dónde esconderse pero, en un momento, el hombre ya no estaba.

Me quedé pensando en lo poco que sabía del país por donde viajábamos. Más que llorarlos, como nosotros, ellos celebran a sus muertos. Saben que pueden volver del inframundo a conversar con los vivos.

No muy lejos de Bacalar, al sur de Tulum, está el cenote Angelita, uno de los lugares donde las aguas del inframundo,

se cree, se encuentran con las aguas del mundo y las almas pasan de una dimensión a otra a través de un portal.

Cuando llegamos a Bacalar almorcamos en un restorán vegano desde donde se veía la laguna. Yo quería comer carne y al principio me negué a entrar. No obstante, terminé aceptando y comiendo una hamburguesa, tal vez de lentejas, que estaba sabrosa –no lo dije– y tomando un smoothie de frutas delicioso. Había varias parejas almorcando, solo la nuestra estaba formada por una mujer y un hombre.

Luego, durante toda la tarde, estuve fotografiando aquellas aguas de distintos colores, mientras mi novia caminaba conmigo y me ayudaba con el equipo.

Estábamos contentos pero, antes de cenar, nos peleamos. No recuerdo la razón. Me fui de la habitación molesto. Estuve un rato hojeando revistas en la recepción del hotel, más tarde me aburrí y me dio sed, me acordé del smoothie que había bebido a mediodía y caminé hacia el restorán. Nunca llegué. Me entretuve en la plaza mal iluminada mirando a la multitud de pájaros que venían a dormir en los árboles y a los artesanos que extendían los petates para exhibir su mercadería. Estuve dando vueltas hasta que una mujer, a la que le pregunté algunos precios de las joyas que vendía, me miró con una insistencia extraña, como si me conociera. Terminó por fastidiarme y decidí volver al hotel.

–¿Qué podrías hacer sin mí, pobre fotógrafo? –preguntó mi novia americana, con su encantador acento del medio oeste, al verme volver tan rápido.

-Envejecer más pronto, morir antes -respondí.

Pensé que se lo debía.

Ninguno de los dos recordaba el origen de la pelea. Resolvimos dejarlo así y fuimos a cenar a un lugar donde cada mesa estaba debajo de una palapa, especie de sombrilla fija construida con un poste de madera y techo de hojas de palma. Palapa y popote fueron dos de las pocas palabras locales que retuve después del regreso a casa.

Mi novia se había propuesto probar todo el alcohol que México ofreciera y seguía en lo mismo al llegar a Bacalar. Había tomado margaritas en la ciudad de México, probado unos cuantos vinos locales por el camino y varios tipos de mezcal en Oaxaca aunque, hasta entonces, no había bebido tequila puro. Le gusta el alcohol pero tiene poca resistencia, nada comparada con la que yo tenía cuando todavía tomaba. De todas maneras, es totalmente distinto: ella toma por curiosidad, como hace tantas otras cosas, y yo era un borracho. Esa es la verdad aunque se me perdonara. He sido afortunado, se me han perdonado muchas cosas.

Una tarde alquilamos unos kayaks y remamos a lo largo de la costa de la laguna hasta poco antes del anochecer. Nos habían dicho que en esas aguas vivían manatíes; por suerte no vimos ninguno. Al parecer son muy curiosos y habrían volcado las embarcaciones en las que viajábamos con solo rozarlas.

Al volver, no logramos encontrar el muelle desde donde habíamos partido.

Si hubiéramos remado un poco más en el mismo sentido habríamos dado con el lugar, a tiempo de devolver las embarcaciones, para luego caminar de regreso al hotel.

Pero tomamos otro rumbo y terminamos cerca de la zona donde antiguamente la laguna se unía con el mar y por donde entonces entraban los piratas, en la orilla contraria a la que buscábamos y completamente perdidos.

Llegamos exhaustos, arrastramos las canoas sobre la arena de una pequeña playa y nos sentamos en el suelo para intentar recuperar el aliento, analizar la situación y hacer un inventario de las cosas con las que contábamos. Por temor a que la embarcación se volcara yo no había llevado la cámara de fotos (a mi novia, además, no le gusta que la fotografíe –suele taparse la cara con lo que tenga a mano- ni que yo vea todo a través del visor de la cámara, así me lo ha dicho). Además, yo ya había hecho las fotos que había ido a hacer. También dejé mi teléfono celular en el hotel. Ella tampoco había querido llevar el suyo aunque, más previsora que yo, sí tenía los pasaportes de ambos y dinero suficiente.

–¿Suficiente para qué? –le pregunté cuando ella me lo dijo.

–Para lo que sea necesario –respondió con tanta seguridad que pensé que no había dejado ni un peso mexicano ni un dólar en la caja fuerte del hotel. Esto sería coherente con su manera de ser: contradiciendo su origen estadounidense, le gusta

tener siempre efectivo encima. A mí no, manejaría solamente cheques de viajero si todavía se usaran.

Anochecía. Acostumbrados a los largos crepúsculos del verano de mi país, de donde veníamos, la llegada más abrupta de la noche nos sorprendió. No muy lejos de donde estábamos un puñado de luces recién encendidas parecía marcar la presencia de un caserío.

Escondimos las canoas entre unos arbustos, un trabajo seguramente inútil, y caminamos hacia las luces. Los habitantes de Bacalar dicen que solo las personas de buen corazón pueden ver a los jaguares, a la búsqueda de cuyas huellas llevan a los turistas a la selva. Nosotros oímos, o creímos oír, sus rugidos durante las noches anteriores y eso nos tenía nerviosos.

Avanzamos mirando en derredor todo el tiempo, pero no nos cruzamos con ningún animal.

A pesar de las intenciones de los propietarios, de tener un lugar natural cercano a la laguna, como nos dijeron más tarde, habían instalado una gran pantalla porque se jugaba un partido de fútbol importante.

Un grupo de hombres ocupaba la mesa más cercana a la nuestra. Entre ellos había uno que me llamó la atención. No sé si era por el lugar donde yo estaba sentado, desde donde lo único que veía de su rostro era el perfil, que se me había metido en la cabeza que el tipo era ciego. Era totalmente absurdo porque él estaba concentrado en la pantalla que teníamos enfrente y parecía mirarla.

Además, había otras personas en posición parecida y ninguna de ellas me había causado la misma sensación.

O, quizás, se parecía a algún ciego que yo había conocido.

Antes de ponerse de pie, cuando terminó el partido y la gente comenzó a dispersarse, el hombre se colocó un par de lentes oscuros con lo que más me quedé sin saber si podía ver o no. Alguien le alcanzó un bastón que no era blanco y que me hizo dudar nuevamente. Caminó sin dificultad hacia donde estábamos sentados y se detuvo. No puedo decir que me miró a los ojos, no puedo saberlo, pero esa fue la sensación que tuve.

Me pareció que era mucho más alto que yo, aunque no podría asegurarlo, y me dio la impresión de que estaba borracho.

–¿Te acuerdas del hacha? –preguntó o, al menos, fue lo que entendí.

–No tengo idea de lo que está usted hablando –respondí.

–Yo sí.

–Esto es, sin duda, una confusión, no somos de acá.

–No sucedió acá, como tú bien sabes.

Me molestó el tuteo.

–Ni siquiera somos mexicanos –agregué.

–Ya lo sé.

A toda velocidad, tal como cuenta la leyenda que pasa la vida frente a los ojos de los moribundos, me puse a buscar el recuerdo de un hacha o a pensar en un lugar que se llamara

así. Tuve un hacha de niño, una de mango corto siempre afilada como para afeitarse, que solía llevar en su estuche de suela colgada de la cintura durante los campamentos. Creo que no podía referirse a eso.

No recordaba ninguna población que se llamara El Hacha.

El hombre seguía parado frente a mí.

—No sé de qué me habla —repitió, incómodo, y él hizo lo mismo.

—Yo sí.

Lo dijo con firmeza y entonces miré a mi novia en busca de apoyo. Pero ella era extranjera y no podía tener la menor idea de lo que estábamos hablando, fuera lo que fuera.

—Mi mujer murió —dijo el hombre— y la tuya la está velando.

—¿La mía?

—Sí, la tuya, tu mujer o tu exmujer, como mierda sea que la llames.

—¿Aquí, en México?

—Aquí en Bacalar.

Fue entonces cuando lo reconocí.

Lo había visto una sola vez, en una casa casi perdida dentro del monte, en un balneario de Canelones. Nos costó mucho encontrarla porque solo teníamos su ubicación aproximada y el nombre de la casa: El Hacha. El dueño, que ahora tenía parado frente a mí, se había casado pocos días antes con la madre de Lucía, mi mujer de entonces. Fuimos a visitarlos y a conocerlo y todo terminó mal entre nosotros.

—¿Qué hace Lucía acá? —pregunté.

Me respondió de mala gana.

–Vino cuando supo que su madre estaba enferma.

Y agregó como si el comentario lo divirtiera:

–Vende sus artesanías en la plaza. Hace unos días te vio pasar con tu novia gringa del brazo y fuiste la comidilla de todo el pueblo, hijo de puta.

Se rio a carcajadas.

–En fin, mi mujer fue tu querida suegra durante unos cuantos años. Si quieres despedirte, ven a mi casa, como fuiste la otra vez –dijo antes de marcharse-. Es en la calle Ricardo Flores Magón, casi llegando a la plaza.

Se fue y no pude menos que sonreír al notar que, además de intentar hablar como un mexicano, había terminado viviendo en una calle que homenajeaba a un anarquista. Aunque enseguida me embargó la pena.

Tuvimos que conseguir a alguien que nos llevara al centro de Bacalar, donde estaba nuestro hotel. Hay que dar un largo rodeo para volver por tierra –la laguna es angosta pero tiene más de cuarenta kilómetros de largo- y también debimos encontrar a otra persona, un muchacho del poblado que, después de un pago generoso, se comprometió a devolver las embarcaciones a sus dueños a la mañana siguiente. Le dije a mi novia que habría que llamar a la propietaria para avisarle lo que había pasado y ella dijo que lo haría al llegar al hotel.

–No voy a ir contigo. Es tu asunto y yo no tengo nada que ver.

Aquel día, años atrás, en el balneario, yo ya estaba molesto por la forma en que el tipo miraba a Lucía. Igual venía soportando la situación bastante bien hasta que él empezó con sus loas a la Unión Soviética. Cuando le recordé a los cientos de miles de ucranianos asesinados por el ejército rojo al mando de Trotski y a los nueve millones de muertos que se atribuían a las purgas de Stalin, me respondió que eso era nada comparado con los crímenes de los que eran responsables Rockefeller, por un lado, y la Iglesia católica, por otro.

–Aunque es raro estar hablando de esto con un excatólico – agregó.

–No existe tal cosa como un excatólico –repliqueó– nunca se deja de ser católico como tampoco se deja de ser comunista.

–Es probable, hay mucho marica chupa cirios en la vuelta.

–Hay algunos, sí, pero de lo que realmente está lleno es de hijos de puta –dijo.

Lucía y su madre se estaban sintiendo incómodas, razón por la que nos fuimos al poco rato.

–¿Viste cómo te miraba? –le pregunté a mi mujer en cuanto nos subimos al auto–. No sé si quería que lo aceptaras como padre o llevarte a la cama.

–¿Vos viste? –replicó, entre molesta y satisfecha, como si el asedio le resultara incómodo pero inevitable.

Cuando llegamos al hotel, mi novia me dijo que estaba agotada, que iba a comer algo, a llamar a la dueña de los botes y a dormir y que me fuera bien.

Emprendí de nuevo el camino hacia la plaza. No tenía mucho apuro por llegar.

La noche del sábado anterior a nuestra separación, mi esposa había dormido en el dormitorio que fue de nuestros hijos cuando todavía vivían con nosotros. Eso hacía durante esos últimos tiempos: cuando se enojaba conmigo por cualquier razón, sacaba el camisón de debajo de la almohada de nuestra cama, aunque solía dormir desnuda, y se iba al otro cuarto.

El domingo me levanté temprano con el propósito de tratar de reconciliarnos, ella estaba dormida y nunca le gustó que la despertaran, se ponía de pésimo humor. Igual, como todo venía mal y yo sabía que si no empezaba el intento más o menos temprano no habría arreglo posible a lo largo del día y volvería a dormir solo, estuve a punto de despertarla.

En cambio, volví a mi cama para pensarlo mejor. Todavía tenía un poco de resaca de la noche anterior y pensé que tal vez aquella borrachera había sido la causa de su enojo. No lo recordaba. Me acosté para ver si se me ocurría alguna cosa, consultarla con la almohada o algo así, aunque sé que eso no da resultado si uno no está dormido.

De modo que, al poco rato, me volví a levantar y me paré, sin hacer ruido, al lado de la cama donde ella descansaba. Hasta entonces el día había estado nublado. En ese momento

se levantó la niebla y un rayo de sol entró a través de la persiana.

Sobre la pared se proyectaban dos líneas paralelas y discontinuas, como puntos suspensivos de luz, que pasaban sobre un cuadro y se quebraban al llegar al muro del fondo.

Era un cuadro con un pececito naranja. Salvo en los lugares donde la luz dejaba ver el dibujo, el resto permanecía completamente negro.

Fue entonces que me acordé de un querido amigo nuestro, que había pasado la mayor parte de su vida demostrando que una línea define una estructura y pintando sus verticales que se quebraban cuando uno miraba el cuadro mientras se desplazaba.

Las líneas sobre la pared del cuarto de mis hijos no eran verticales –la luz se filtraba paralela al techo– pero sí eran líneas quebradas y se me ocurrió fotografiarlas como homenaje a nuestro amigo. Cuando él murió, su muerte nos tomó por sorpresa porque hacía un tiempo que no nos veíamos y ni siquiera sabíamos que estaba enfermo. Si lo hubiéramos sabido, no habría dejado de ser un dolor terrible. Así fue todavía peor.

Fui a buscar el equipo. Sabía que tenía que apurarme antes de que la luz cambiara o desapareciera.

Mientras colocaba el trípode, atornillaba la máquina a la base y empezaba a ajustar los parámetros de la cámara, me entró el temor de que mi mujer se despertara en ese momento y se enojara al verme en el intento de tomar una foto y no en tratar

de reconciliarme con ella. Aunque el mayor temor que tuve fue que, al despertarse, se sentara en la cama –entre el objetivo y la pared– y me arruinara la toma.

Había logrado un buen encuadre: las líneas se recortaban nítidas, el pececito naranja resaltaba y, en la base de la foto, el cuerpo desnudo de mi mujer estaba iluminado apenas, de modo que la luz modelaba con suavidad sus formas.

Alcancé a hacer un par de tomas antes de que se despertara.

No nos separamos por eso, pero nos separamos una semana después.

Al llegar a la casa donde la señora había muerto noté que la gente se agolpaba en la vereda. Al entrar supe por qué.

El cuerpo de la mamá de Lucía, una mujer buena que no merecía terminar así, estaba mal cubierto por un sarape de colores vivos que contrastaba con su piel ya apagada. La pared del fondo estaba pintada de rojo lacre y una inmensa mancha gris de humedad descendía en forma irregular desde el techo hasta la cabecera de la cama. El muro había empezado a despintarse hacia mucho tiempo y dejaba ver restos abundantes de los colores más viejos. En algunos lugares el revoque estaba podrido o ya se había caído y podían verse los ladrillos originales. El resto de la habitación, el vestíbulo y lo poco de la sala de estar que se alcanzaba a ver desde la puerta estaban atestados, del piso al techo, de objetos de todo tipo, estado y color, la mayor parte inútiles: juguetes rotos, trastos

viejos, revistas húmedas, ropa inservible y sucia, pedazos de cosas. El olor a mugre era insopportable.

Las voces que llegaban desde la vereda, las palabras de dolor, el llanto y el gemido de los perros en el jardín, rebotaban en las paredes desconchadas y se amplificaban al subir hacia el techo, como si la habitación estuviese vacía y ese fuera uno de los efectos que produce la muerte.

Ahora los perros ladraban furiosos en el fondo de la casa, no sé si por mi presencia o por alguna otra razón.

Solo estábamos el viudo, Lucía y yo, que acababa de entrar, y no cabía una sola persona más.

El velatorio se desarrolló entre la puerta de entrada y la calle. Saludé a Lucía, abrazándola, y murmuré torpemente un pésame, una frase hecha que fue lo primero que pude recordar. No demostró ninguna sorpresa al verme. Su padrastro seguramente le había advertido de mi posible aparición. Esa noche, más temprano, ella había estado junto a su madre muerta mientras el viudo miraba un partido de fútbol por televisión al otro lado de la laguna y fingía ser ciego.

La madre de Lucía había sido, ciertamente, una mujer buena. Nuestra separación se produjo pocos meses después de su casamiento con este hombre por lo que no sé cómo fue su vida con él. Puedo imaginarlo, si bien me he equivocado otras veces. Uno piensa que determinadas características del otro aseguran la felicidad o la desdicha y eso no es cierto casi nunca.

Me quedé cerca de Lucía porque su padrastro había entrado a la habitación y, sentado en la cama, le tomaba la mano a su esposa muerta y murmuraba algunas palabras que no era posible escuchar desde donde yo estaba y que podían haber formado una plegaria.

Ella me miró, enarcó las cejas y se mordió el labio inferior.

–Parece que hubieran tenido un buen matrimonio –dije por decir algo y ella movió la cabeza espantada y negando.

–No –contestó– no para mamá. No te dejes engañar por lo que hace cuando alguien lo mira, es un hombre detestable, lo odio.

–¿Te siguió molestando? –pregunté y de inmediato me arrepentí.

–Desde el día que llegué. Y hoy, aunque te parezca mentira, más que nunca.

–¿...?

–Me abraza a cada rato, finge que no puede ver bien para poder moverse con torpeza y se las ingenia, todas las veces, para tocarme.

Antes yo había pensado permanecer allí no más de unos minutos y volver al hotel.

–¿Querés que me quede? –dije.

–Sí, por favor.

La noche transcurrió lentamente sin que sucedieran demasiadas cosas. Mucha gente vino a saludar; se quedaban un rato en la vereda y enseguida se iban. No había donde sentarse ni era posible servir un café ni un vaso de agua.

Le pregunté a Lucía si se estaba alojando en la casa de su madre. Me respondió que no, que iba todos los días desde su llegada pero dormía en casa de una amiga, también artesana y también uruguaya que conocía desde que iban juntas al liceo. Después me dijo que pensaba volver a Montevideo en cuanto todo esto terminara y pudiera conseguir un pasaje.

A primera hora de la mañana, pocos minutos después del amanecer, los hombres de una funeraria retiraron el cuerpo luego de colocarlo en un cajón de madera sin cepillar.

Pronto partieron y los seguimos por inercia. Yo tenía intenciones de acompañar a Lucía hasta después del entierro. No entendía mucho lo que pasaba porque era una hora impropia para ir al cementerio. Luego supe que el viudo había dispuesto la inmediata cremación del cuerpo.

Caminamos hacia el horno crematorio sin saber adónde íbamos. Al llegar, rodeé con mi brazo a Lucía, que había empezado a temblar apenas, y le apreté el hombro con toda la ternura a la que me atrevía.

A esa hora de la mañana, cuando recién comenzaba el día, los colores de la laguna parecían diferenciarse más. Casi no había actividad en el poblado. Dos perros se tiraron al agua y nadaron hasta ingresar, por el fondo, a una casa de donde se habían escapado más temprano. Cerca de la orilla, sobre el tronco de un árbol vi, también por primera vez, un tucán.

Ninguno de nosotros miró a los otros mientras duró el proceso que llevó más de una hora, no sabría decir cuánto. Lucía y yo éramos los únicos integrantes del cortejo y, cuando

el viudo recibió la urna metálica con las cenizas todavía tibias, lo seguimos hasta una diminuta playa cerca del fuerte de San Felipe de Bacalar, desde donde los antiguos pobladores resistían los ataques de los piratas.

En aquel lugar desolado, sin detenerse ni un instante para permitir un momento de recogimiento o de oración, el padrastro de Lucía esparció las cenizas, tiró la urna sobre la arena y se alejó sin decir una palabra.

—Esto es inhumano ¿verdad? —dijo ella, con más estupor que rabia.

Asentí y no supe qué más decir.

Lucía tomó el recipiente abandonado, extendió un pañuelo de seda sobre el suelo y colocó sobre él el resto de las cenizas de su madre que había quedado adherido a las paredes de la urna. Luego unió las cuatro puntas y las ató. Guardó el pañuelo en su bolso.

—Allá, en la única calle del barrio que parece llegar al mar, donde el parque Rodó se junta con Palermo, donde ella vivió y nos quiso —dijo, como si respondiera a una pregunta que yo no le había hecho.

—Yo ya no tengo nada más que hacer aquí ni quiero volver a ver a este hijo de puta —agregó.

La acompañé hasta la puerta de la casa de su amiga.

—¿Querés pasar?

—No puedo —murmuré—, tengo que volver al hotel.

—Gracias por acompañarme —dijo.

Mi novia ya tenía su equipaje pronto cuando llegué. Yo estaba muy conmovido y eso, creo, empeoró las cosas. Esperó, sin hablarme, a que yo hiciera mi valija.

Nos apuramos en viajar al aeropuerto. Ya nada nos retenía en aquel lugar. Contra lo que habíamos planeado, viajar al norte para que yo conociera Estados Unidos, ella sacó un solo pasaje de regreso a su casa, en Iowa, y me aconsejó, fríamente, que volviera a Montevideo.

Había confundido mi emoción con la «cara de estúpido del que se ha vuelto a enamorar», así me lo dijo, en un español perfecto, y ya no tenía ningún interés en estar conmigo ni en México ni en ninguna otra parte.

Un instante antes de dejarme ir, Lucía había tomado mi mano entre las suyas. Era la primera vez que lo hacía desde nuestra separación, muchos años antes.

—Ahora te toca a vos tratar de convertir este desastre en arte —dijo.

Había muchas razones para ni siquiera pensarlo pero, de haber tenido la cámara encima, yo hubiera hecho la foto, esa foto, y ella lo sabía. En medio del dolor que yo también sentía vi el encuadre, las sombras, el contraste, los colores y medí mentalmente la luz. Ella también sabía que una foto que no se hace en el momento preciso ya no puede hacerse.

La ardilla que vi en el parque de Chapultepec trepó por las ramas de un árbol muy alto, tal vez un álamo. Estábamos en invierno, el árbol no tenía hojas, el día era claro y la ardilla no tenía a dónde ir sin que yo la viera. Entonces se disolvió en el aire, se esfumó, desapareció como una sombra.

El prólogo de Mercedes Estramil

DEL SONIDO Y LA FURIA AL SILENCIO Y LA CALMA

Nacido en 1949, de madre chilena y padre uruguayo, su abuela fue alumna de Gabriela Mistral y acaso conoció al gran poeta Manuel Rojas. Es un pedigrí lindo de señalar para presentar a Guillermo Álvarez Castro, un escritor que viene produciendo casi de puntillas, sin levantar nunca el tono (dicen que es polémico en las redes, pero no sé), un caballero de pelo casi blanco, un «lunético» que conocí hace ya algunos años en esa mesa de los lunes de bares que sin querer hemos ido cerrando, que gusta contar los chistes involuntarios de sus nietos y renegar de lo mal visibilizada y pagada que está la *buena literatura* (y no hablamos solo del pago en metálico). Guillermo Álvarez Castro acaba de ganar por segunda vez el Premio Narradores de la Banda Oriental, en su vigésimo séptima edición. La otra vez fue en 2008 con un libro de cuentos: ***Estrellas de cine***. Ahora es con ***Pequeña música nocturna***, otro libro de cuentos. Catorce. Le escapó al trece con una belleza titulada *La isla*, que puede ser Isla de Flores o cualquier otra, separada de la tierra firme, el lugar del que se quiere huir cuando se está en él, y al que se quiere regresar cuando se está en una isla.

Decía James Salter, en una de las más sentidas y aproximadas definiciones sobre lo que es la ficción, que «*cuando lees, no ves ni oyes nada, y, sin embargo, te parece que sí*». Lo decía como el gran lector que era, y como aporte indirecto, sutil, para los que, como él, querían ser escritores (grandes escritores). Más adelante, en ese libro, ***El arte de la ficción*** (2016), añadía: «*Como escritor, te enfrentas constantemente a la necesidad de visualizar una escena, o una secuencia, o un sentimiento, para a continuación, de la manera más cabal que puedas, ponerlo en palabras*». Y en eso consiste todo, y lograrlo es un arte. Álvarez Castro lo sabe. Ha leído a Salter, claro. Pero también a Quiroga, Jack London, Capote, Cheever, Robert Lowell, Twain, Borges, Rulfo, Carver, Munro, Coetzee. ¿Lo influyeron? Sin duda sí. Ya no le pasa como de chico, que dejó de leer a Cortázar porque durante meses no podía sacarse su influencia. Ahí estuvo bien. Las influencias estadounidenses, en cambio, hicieron buena huella. El «menos es más», el iceberg hemingwayano, dieron frutos que se notan a poco de ingresar en esta ***Pequeña música nocturna***. Cuando un escritor puede expresar un mundo en un diálogo está hecho.

La tentación es contar todos los relatos, decir de qué van, para que el lector entre y camine. Pero los *spoilers* que muestran dormitorios, baños y sótanos están mal vistos. Quedarse en la puerta es decir, por ejemplo, que el libro retrata el mundo de los afectos, dividido acaso en tres o cuatro

categorías: las relaciones de pareja, la relación abuelo-nieto, padres-hijos, y quizá (allá de fondo) un bestiario que reclama simbólicamente su lugar en el corazón de los protagonistas, animales también, cargados de instinto. Pero no dice mucho. Pasar al living es decir, por ejemplo, que los celos atraviesan con dolor y devastan relaciones que parece que se salvan (*Niños en el recreo, Nam*) pero tienen la peor de las condenas: mirar hacia el costado como si no pasara nada. Entrar al dormitorio sería entrar a la intimidad de un relato excepcional, *Cumpleaños*: en el cumpleaños de su nieto, el narrador protagonista se distrae jugando al fútbol con un invitado, un nene gordito y con un brazo enfermo que sin embargo la va de arquero. Y el nieto quiere cortar la torta y que le canten el cumpleaños feliz, pero el abuelo no le hace caso y sigue jugando, metiendo goles y errando, como un estúpido viejo, como un viejo triste, como un nostálgico y un perverso y un desgraciado.

No se puede *spoilear* solo un relato. En el que da título al volumen, Álvarez Castro muestra todo lo que puede hacer, y es mucho. Un hombre está llegando a la edad que tenía su padre al morir, tiene una novia con la que habla por teléfono y hay unos malandros (el Chueco, el Pelado) que le tocan a la puerta y quieren invadirlo, meterlo en el mundo oscuro. Una puede suponer que lo escribió escuchando la Serenata N° 13, K 525 de Mozart, y que tomó el envión necesario para hacer verosímil ese cuento que combina el horror citadino de la

inseguridad con la renovación de un «orillismo borgeano» donde cualquiera puede pasar, de un minuto a otro, de cobarde a valiente, de leal a traidor, de vivo a muerto. Ese tránsito se puede explicar: «*Para aprender, los niños imitan a los adultos. Al final de la vida, los viejos imitan a los niños*», dice Álvarez Castro. Le pregunto si escribe bajo el imperio de la emoción, como decía Quiroga que no se debía escribir, y dice: «*a veces escribo bajo el imperio de la emoción porque, entre otras cosas, me sirve como catarsis; pocas veces lo escrito en esas circunstancias sirve para algo, salvo que encuentre la manera de convertirlo en ficción (tomando no lo que pasó sino lo que podría haber pasado). Corrijo mucho, muchísimo, porque mis primeras versiones suelen ser horribles, vergonzosas. No, nada me presiona cuando escribo: la escritura es mi espacio de libertad*». ¿Entonces la escritura salva? Dice que salva de la muerte, y explica de qué muerte: «*creo ser mejor persona cuando escribo que cuando no lo hago*».

Se conoce a los autores por lo que dicen y por cómo lo dicen, por los procedimientos que utilizan, por las elecciones del material, por cómo describen, por cómo manejan los diálogos, el tiempo, las atmósferas, lo anecdotico. Álvarez Castro le imprime a estos relatos un movimiento que no cesa y le quita esa pátina de superfluidad que emborrona cualquier superficie. Da la información justa, poda los ripios, va al grano. Viajamos con personajes que se mueven y que recuerdan (*flashbacks* o *analepsis*), nos movemos en el terreno de la digresión, la

asociación, la vuelta de tuerca, las elipsis. Pero nos movemos en un terreno emocional que todos conocemos, de un modo u otro: la tristeza de un muerto muy cercano, el dolor de un engaño, la impotencia de envejecer, lo que se quiere olvidar y regresa con la fuerza de mil demonios. El registro de Álvarez Castro es lento, nada estridente; nos van llevando de la mano narradores austeros que por momentos parecen estar de vuelta de todo y de repente se reconocen como recién nacidos que aún no han visto nada. Esa disonancia, que se nos pega, que nos contagia, es atractiva porque contiene carne y hueso, porque no busca caer bien. Y puede decir cosas así: «*Odio las palabras siempre y nunca cuando acompañan un reproche. Cualquier hombre que haya vivido un tiempo con una mujer sabe de qué hablo*». Lo dice un personaje enfermo que vive entre cajas vacías de un inquilino anterior y maullidos de una gata que no se anima a salvar.

Le pregunté a Álvarez Castro si le preocupaba el reconocimiento, encajar en un canon, caerle bien a sus contemporáneos. Dijo así: «*No es que me preocupe demasiado pero me molesta, me irrita mucho, el ninguneo, sobre todo cuando es por razones ajenas a lo literario. No me interesa encajar en ningún canon ni siquiera en un género. No creo que el tiempo vaya a cernir nada, a no ser que sea capaz de cernir pasta de celulosa (que eso serán nuestros libros que no se vendan). En tal supuesto, me interesa lo que pase ahora. Valido más mi propia puntuación, pero también la crítica*

(cuando es crítica y no "spoiler") y las ventas que son las que nos permiten llegar a los lectores. Me interesa que me lean para que lo que escribo sea completado por otro. Valoro los premios, naturalmente, pero creo que obedecen siempre a una serie de circunstancias fortuitas». Le pregunté por qué no había escrito más. La respuesta es abrumadora y honesta: «*Porque siempre trabajé mucho y tenía una familia que atender y poco tiempo, porque corrijo mucho, porque no siempre tuve algo que decir. Pero publiqué casi tres veces más que Rulfo y el doble que Salinger. Esto me da vergüenza y me hace pensar que tal vez es demasiado».*

En ninguno de estos relatos el agua parece llegar al río. En todos, el escenario ya está inundado. Lo que fue grande es pequeño y lo que apenas imprimió toma la dimensión de un universo, y nada es casual sino causal. Todo pasa por algo, así se sienten las historias de este libro minúsculo y enorme en el que Guillermo Álvarez Castro parece haber encontrado la fórmula, el encantamiento, para hacer de lo ruidoso y áspero un remanso de calma narrativa, pero calma chicha, peligrosa y tenaz.

M.E.

